

Viernes después de Ceniza



16 de febrero de 2022

Is 58, 1-9

Sal 50

Mt 9, 14-15

P. Eduardo Suanzes, msps

Para situarnos: la escena que se declara en el evangelio de hoy tiene lugar justamente cuando Jesús con sus discípulos están en un banquete con Mateo, con un montón de publicanos y pecadores. Ese es el contexto que no hay que perder de vista.

Tanto los fariseos como los discípulos de Juan el Bautista ayunan, y los discípulos de Juan preguntan a Jesús por qué los suyos no ayunan (está claro que no, pues les pillan en un banquete); los discípulos de Juan se comparan con los de Jesús, y sugieren que los de éste no están a su altura. « ¿Quiénes son ustedes? —es la implicación directa— ¿comparados con nosotros?»¹.

La pregunta indica que siguen moviéndose en el esquema clásico del judaísmo como los fariseos, el de pecado-castigo-conversión-salvación. El pecado conlleva un castigo, del cual el hombre puede librarse si se convierte (cambia de vida) y, mediante unos ritos de reinserción (ayuno, sacrificios en el templo), puede entonces volver al ámbito de Dios (salvación). Los que preguntan ven en el ayuno un medio para reconciliarse con Dios, un modo que tiene el hombre de aplacar la ira divina (castigo).

Pues bien, Jesús da la vuelta a esos presupuestos y, frente al ayuno, vuelve a hablar de comer, de comida y de banquete nupcial, porque el banquete-fiesta (no el ayuno-castigo) es el ámbito de Dios. Jesús pide un cambio, y esa transformación requerida ¿cómo se realiza? De un modo sencillo, inesperado: «irse de boda», es decir, abandonarse al evangelio. El vino nuevo, generoso, lleno de fuerza de la Buena Nueva evangélica exige la capacidad de un corazón también nuevo, virgen, y así receptivo de todo lo divino. Un corazón consciente de nuestra radical impotencia humana; sólo así nos vigorizará ese vino con un optimismo sobrenatural. De otra suerte con "odres viejos se derramaría todo el vino y se perderían los cueros".

Y les dice: — *¿Pueden estar de luto los amigos del novio mientras el novio está con ellos?*». ¿Y quién es el novio? En la literatura bíblica es siempre Dios, que hace boda con su novia, con su pueblo. Jesús es enviado de Dios, y, en los esquemas de la antigüedad, un enviado es —en definitiva— como quien le envía, y ha de ser visto-tratado como el señor que le ha enviado. Jesús comiendo con pecadores significa que Dios es también novio de los pecadores, que los pecadores son también esposa-pueblo de Dios. Si el reinado de Dios ha irrumpido (en la persona de Jesús), entonces es tiempo de boda, una celebración de la que nadie queda excluido.

Quienes apelan al ayuno no están —de hecho— sintiendo la presencia de Dios con-en ellos, miran a Dios en la distancia, no captan esa presencia jubilosa que Jesús quiere hacer presente. De hecho, ayunar en una boda era una ofensa grave, porque quien lo hacía indicaba que no aprobaba el matrimonio que se estaba celebrando. Los fariseos (como los discípulos del Bautista) —por ello— no aprueban esta proximidad de Dios, esta boda suya con los que ellos consideran pecadores.

¹ Cfr. THOMAS KEATING, *Despertares*. Ed. Crossroad, 1990

Están llevando la contraria a la voluntad de Dios que Jesús les muestra. No creen a Jesús ni que Jesús sea enviado de Dios. En definitiva, siguen aferrados a esquemas «viejos». Por eso seguirá Jesús con la enseñanza sobre el paño viejo cosido en un vestido nuevo, o el vino nuevo guardado en odres viejos, que el evangelio de hoy omite. No; es ya tiempo de vino nuevo: el amor de Dios está aquí. Hay que cambiar de «chip», de esquemas, de formas de situarse ante la realidad para poder captar eso. Lo nuevo (el amor inclusivo, desbordante y festivo de Dios) no puede ser visto desde los viejos prejuicios mentales del esquema pecado-castigo-conversión-salvación (el paño viejo, los odres viejos), porque ya no es tiempo de juicio (anuncio del Bautista), sino de efusión del amor y misericordia de Dios (anuncio de Jesús). Es tiempo de salvación realizada.

Pero no se han dado cuenta que Juan Bautista es la línea divisoria que marca un antes y un después. Antes, la Ley y los Profetas; después, el reino de Dios: antes el vestido viejo, ahora el nuevo; antes el vino viejo en sus odres viejos, ahora el nuevo en sus nuevos odres.

Como es lógico, la Ley y los Profetas, el vestido viejo, el vino viejo, se refieren a normas, usos y prácticas como el ayuno. Pero no sólo a eso. Si de algo nos hablan La Ley y los Profetas, es de Dios. Esto quiere decir que, a partir de Juan Bautista, nuestro conocimiento y nuestra experiencia de Dios quedaron radicalmente modificados. Pensar que nuestro Dios sigue siendo el Dios de la Ley y los Profetas (el Dios del Antiguo Testamento), es tanto como poner remiendos de paño nuevo en una tela pasada o echar vino nuevo en odres viejos.

Ante la afirmación de Jesús no caben componendas, ni cálculos, de piezas viejas, porque Él nos regala un vestido nuevo, cuyo paño tundido no soporta el remiendo que nosotros intentáramos colocar con nuestros cálculos, previsiones, seguridades y falta de abandono total. Esto es irse de boda. Sí; es una transformación total de la que resulta un nuevo ser, una nueva criatura, "un hombre nuevo en Cristo".

El odre viejo no tiene la flexibilidad de expandirse que requiere la fermentación. El vino nuevo es la maravillosa imagen del Espíritu Santo. A medida que entramos en la novedad del Evangelio, en el abandono de nuestro amor a Él, la exuberancia del Espíritu no puede ser contenida en las viejas estructuras. No son lo suficientemente flexibles; deben dejarse de un lado o adaptarse.

Jesús indica a los discípulos de Juan que ellos siguen una buena práctica pero están demasiado atados al ayuno como estructura. El vino del Espíritu que Jesús trae no se ajustará dentro de sus ideas restringidas. Ellos deben ampliar su visión. De otra forma, el nuevo vino del Evangelio les traerá problemas. Él reventará los estrechos confines de sus mentalidades y ambas, la que ya tienen y la que tratan de recibir, se perderán. Jesús sugiere una solución: «*Pongan el vino nuevo en odres nuevos*». El "nuevo vino del Evangelio" se manifiesta por los Frutos del Espíritu. Si el nuevo vino va a ser preservado, hay que encontrarle nuevas estructuras que sean más apropiadas que las antiguas. Si nos apoyamos demasiado fuertemente en las viejas estructuras, el nuevo vino del Espíritu se perderá.

Ojalá que esta Cuaresma que hemos comenzado transforme nuestro ser en un odre nuevo para recoger el vino joven que trae Jesús.